

REENCARNACIÓN Y RESURRECCIÓN

Presupuestos y fundamentos

Más que enfrentar cara a cara «reencarnación» y «resurrección» en un debate doctrinal, lo que importa es comprender los retos que plantean: debajo de lo que las creencias dicen está lo que quieren decir. Bajo el término «reencarnación» laten sentimientos y convicciones como: «el que la hace la paga», «la vida es una ilusión». Muy distintos son los presupuestos sobre los que estriba la fe en la resurrección: «la vida es un don gratuito»; «todo ser humano posee un valor único»; «no hay existencia humana sin un cuerpo». El autor del presente artículo piensa que exhumar esas lógicas subterráneas es condición indispensable para un diálogo provechoso.

Réincarnation, résurrection: présupposés et fondements, Lumière et vie n° 195 (1989) 73-84.

No es simple explicitar lo que, con toda exactitud, quieren decir estas dos creencias en la reencarnación y en la resurrección. Y más arduo resulta todavía precisar qué es lo que queda implicado en cada una, cuáles son sus presupuestos.

Dos creencias, dos niveles

Reencarnación y resurrección no se mueven en la misma órbita. Se sembraría la confusión si se comparasen sin más, como si ambas respondiesen, a su manera, a la misma pregunta sobre el más allá.

Cierto que las dos creencias afirman que la vida humana no acaba en el cementerio. Para ambas, «algo» continúa tras la muerte, que tiene que ver con lo ocurrido antes de ella. Además, en ambos casos interviene la fe: lo

que se afirma supera lo que se puede probar racionalmente, aunque su inteligibilidad sea reivindicada. Por otra parte, el fenómeno de la globalización cultural hace que en Occidente surjan interrogantes, porque los trazos de la reencarnación y los de la resurrección se entrecruzan, a menudo, en un pensamiento abigarrado.

Hay, pues, *convergencias* entre reencarnación y resurrección. Pero, en realidad, no son del mismo orden. Creer en la resurrección es creer que los muertos son llamados a entrar en otro modo de existencia distinto del modo actual de la historia. En cambio, creer en la reencarnación es creer que, tras la muerte, son posibles otras existencias en el mundo «de aquí abajo», como nuevas ediciones de la vida histórica. Esta *divergencia* apenas es discutible.

El problema crucial se cifra en saber si las dos creencias son *compatibles*. Bastantes defensores de la reencarnación insisten en que las dos concepciones no son *a priori* opuestas. Y algunos de ellos sostienen que las reencarnaciones corresponden a una serie intramundana, al paso que la resurrección hace salir del sistema de las existencias sucesivas. La resurrección cerraría un ciclo de reencarnaciones.

Reencarnación y resurrección conciben, pues, lo que puede ocurrir tras la muerte con plena autonomía y de dos formas distintas. Sin embargo, ya a partir de la antigüedad y sobre todo en los dos últimos siglos, en Occidente, han entrado en relación, hasta el punto de que, para nosotros, resulta *normal* confrontarlas.

Puntos de apoyo de las creencias

Situados en ese camino, siempre peligroso, de la confrontación, tiremos por el atajo y preguntémonos: ¿por qué cree uno en la reencarnación? y ¿por qué cree uno en la resurrección? Esta doble pregunta nos pone en la pista de los distintos puntos de apoyo.

Respecto a la *reencarnación* se alegan algunos fenómenos extraños: el fenómeno conocido como del *déjà vu* (ya visto), recuerdos de algo que a uno no le ha pasado, conocimientos de origen desconocido, etc. Estos hechos no tendrían otra explicación que el haberlos experimentado en una vida anterior. Sin embargo, a mi

parecer, aunque causen impresión, estos hechos no constituyen pruebas en sentido estricto. Por más que otras interpretaciones (telepatía, referencias al inconsciente, etc.) resulten también discutibles.

En el fondo, se cae en un círculo vicioso: se interpretan dichos fenómenos en función de la reencarnación y, una vez interpretados, se utilizan como argumento para probar la reencarnación.

Respecto a la *resurrección*, los contenidos son diferentes y los acentos no coinciden. Pero los presupuestos son análogos. También los cristianos, que creen en la resurrección, se remiten a fenómenos extraños —las *apariciones* de Jesús resucitado— que, siguiendo el NT, interpretan como signos del señorío de Jesús, Hijo de Dios, resucitado por el Padre, para atestiguar la verdad de su Evangelio, pese al fracaso de la cruz. Como en el caso de la reencarnación, también aquí nos encontraríamos ante un círculo vicioso: se cree porque ha habido un contacto con el Resucitado y se tiene ese contacto con el Resucitado porque se cree.

Discernimiento de los presupuestos fundamentales

Esas semejanzas no pueden ocultar una diferencia singular. En los dos casos la creencia o la fe intervienen interpretando los fenómenos y dan muestra de una cierta fragilidad. Pues, cabe preguntarse hasta qué punto la esperanza a la que apunta la creencia

no corresponde a la necesidad de seguridad ante el miedo a la muerte y la angustia que produce el pensamiento en el más allá. Toda fe experimenta en su interior esta contra-interpretación y necesita entrar en diálogo con ella. Tanto si uno cree en la reencarnación como si cree en la resurrección, se encuentra ante un misterio que no se reduce a nuestra afectividad, pero que está más o menos en connivencia con ella.

Pero, una vez dicho esto, las dos creencias no son idénticas. El que cree en la reencarnación tiende a considerar las vidas sucesivas como una *ley* cósmica, de la que los fenómenos extraños no son sino signos ejemplares. En cambio, la fe en la resurrección se encuentra personalizada en la figura de Cristo resucitado. Lo que a él le aconteció se convierte en la forma del porvenir universal. Los cristianos afirman que los muertos resucitarán en él y por él, entrando en comunión con su más allá.

¿Se puede hablar en el cristianismo de una ley de resurrección análoga a la ley de reencarnación del budismo? No lo creo. Cierto que los cristianos consideran la resurrección como la vocación común de la humanidad. Pero esta universalidad no es la de una ley estructural. Es la de un *don* comunicado por Dios a partir de su Hijo resucitado. Ésta es la diferencia: la resurrección va más allá del orden de la creación. En este orden manifiesta ella una gratuidad fundada en Dios e inseparable de la figura de Cristo.

Justamente por esta diferencia los que creen en la reencarnación consideran aquellos fenómenos extraños como hechos objetivos, casi experimentales. En cambio, el cristianismo habla de las apariciones de Cristo con discreción, no para minimizar su alcance, sino para que sean lo que son: palabras dirigidas a la fe por Dios mismo. Dicho de otra forma: lo que mantiene la fe cristiana en la resurrección es, en adelante, la vida evangélica y eclesial en la que se hace memoria de Cristo y en la que se realiza sacramentalmente su presencia y se está a la espera de su retorno. Por consiguiente, los signos cristianos son menos unos fenómenos extraños, como las apariciones de Cristo, que unos actos portadores de la fe evangélica y de la vocación eclesial en la vida corriente.

¿Cómo se explica esto? Porque el más allá de su resurrección que espera la fe cristiana lo considera ya anticipado en el más acá de lo cotidiano. Hay algo ya de la resurrección final en el proceso de la historia y en el desarrollo del mundo. Pero esta «repatriación» del más allá en el más acá no se parece al que realiza la doctrina de la reencarnación. Para ésta, lo que pasa tras la muerte genera una nueva existencia histórica parecida a la anterior. Para el cristianismo, es el más allá de Cristo el que es capaz de habitar la vida histórica. No para suscitar una serie de vidas sucesivas, sino para sembrar en la vida presente una semilla del más allá, una anticipación de la resurrección final.

Lógicas del misterio

A los dos tipos de presupuestos expuestos hasta ahora hay que añadir un tercero: las distintas lógicas subyacentes a los respectivos discursos. Sólo así comprenderemos hasta qué punto las dos creencias son distintas.

Creer en la reencarnación implica ante todo lo que yo llamaría una lógica de la *compensación* cósmica. Según la ley del *karma* (causa-efecto), el pasivo de una vida debe ser liquidado por otra vida hasta la extinción de la deuda, lo cual puede requerir bastantes existencias sucesivas. El desorden debe ser asumido de suerte que una nueva existencia permita compensar las insuficiencias anteriores. Ésta es la ley general del universo.

El cristiano tiende a juzgar esa ley como implacable. Esto es interpretarla fuera de su contexto. Esencialmente, esa ley afirma que el ser humano pertenece al universo y que el mundo tiene sentido. El infierno —una situación sin salida y sin posibilidades de reequilibrio— no existe. El sufrimiento —ese azote del ser humano— resulta misterioso, pero lógicamente, un modo de compensar anteriores desequilibrios. «A fin de cuentas, —me dijo un joven— hay que pagar: es normal».

Habitualmente, los que creen en la reencarnación apenas si hablan de pecado para designar la falta que hay que compensar. Pues el pecado implica una instancia divina de la que se depende. El pasivo se considera más bien

como insuficiencia o incluso desequilibrio. El punto de vista pretende ser objetivo, sin meterse en honduras de culpabilidad subjetiva. «No hay más: las cosas son así». Hay que aceptar la realidad. A la postre, esto significa escapar a la ilusión (*moksha*).

En segundo lugar, la reencarnación tiene una lógica *evolutiva*. Está implicada en la precedente. Pese a ser repetitiva, la ley del universo es considerada como una ley de progreso. La repetición hace avanzar. Esto es más seductor para los occidentales, tan sensibles a la concepción evolucionista. La vida sería demasiado rica para poder ser agotada con una sola existencia. De ahí la necesidad de más vidas. Esa lógica sería además igualitaria. ¿Por qué algunos seres humanos han de morir tan pronto o han de pasarlo tan mal? La posibilidad de nuevas existencias les proporcionaría la posibilidad de gozar de condiciones de vida semejantes. Desde esa óptica evolucionista, incluso algunos cristianos piensan que la reencarnación modernizaría el cristianismo. No se trataría de alterar la fe pascual, sino de completar lo que la tradición cristiana no habría sabido o no habría podido decir.

En tercer lugar, la reencarnación depende de una lógica antropológica que yo denominaría de la *secundariedad del cuerpo*. Pues ¿qué significa la secuencia de reencarnaciones? Que el principio espiritual consigue un cuerpo en la medida en que todavía no es capaz de prescindir de él. El tan cacareado desequilibrio no es

más que una ilusión. El ser humano cree ser una persona independiente cuando, en realidad, sólo es una modalidad provisional de la energía universal. Habrá, pues, reencarnaciones mientras se necesite un cuerpo. Pero el objetivo que hay que alcanzar es la anulación de esas ilusiones: la disolución del sujeto individual en el misterio del que él no es sino un elemento. Y esto va a la par con el cese de las reencarnaciones.

El mensaje de la reencarnación

No es seguro que estas tres lógicas estén articuladas en la experiencia de los que creen en la reencarnación. Pero también a los creyentes en la resurrección les cuesta a veces mantener todo el significado de su fe. Sin embargo, es indispensable comprender. Y para esto hay que esforzarse por percibir el punto de convergencia de esas lógicas.

El mensaje de la reencarnación no se refiere ni a Dios y ni siquiera al ser humano, sino al *universo* y a su coherencia progresiva. La reencarnación permitiría al hombre desprenderse de sus ilusiones y volver espiritualmente a su principio: la energía del mundo.

En esta perspectiva, Dios no tiene lugar. Si se habla de él es porque se vive aún en un régimen de ilusión que magnifica la realidad impersonal, pero espiritual, del mundo en una existencia absoluta. La salvación consiste, no en recibir un don de Dios, sino en integrarse en la ordenación de lo real, rompiendo con las aparien-

cias. ¿Fatalidad? No resultaría un término feliz. En todo caso, el universo es lo que debe ser. Si uno soporta mal sus leyes es porque, inmerso todavía en el mundo de la ilusión, no ha sabido integrarse en él.

La antropología implicada en la reencarnación resulta, pues, muy caracterizada. Los valores de la persona, de la libertad, que el cristianismo aprecia tanto, quedan relativizados. El *cuerpo*, que recibe una valoración más positiva por parte de los cristianos contemporáneos, es sólo un soporte provisional, a menudo indispensable, pero a fin de cuentas secundario, y que no define constitutivamente la existencia humana.

Las lógicas de la resurrección

No hay una correspondencia entre las lógicas de la reencarnación y las de la resurrección. Pero, haciendo un esfuerzo de claridad, podemos reducirlas también a tres.

La afirmación de la resurrección depende ante todo de una *lógica del Evangelio*. Esta lógica supone que Dios revela, en el seno de la historia, el porvenir de la humanidad. Este porvenir es anunciado ya por un acontecimiento que, no por ser suprahistórico, deja de estar inscrito en la historia: el de la Pascua. Se trata de un acontecimiento contingente sin el cual el más allá de la resurrección constituiría una mera posibilidad, pero no una realidad de la que Dios mismo sale garante.

En el cristianismo la resurrección ocupa, pues, un lugar funda-

mental. Ella recapitula la alianza entre Dios y los hombres, la vida histórica de Jesús y la de los creyentes. En las religiones que profesan la reencarnación, ésta ocupa un lugar muy distinto. Ella resulta una especie de consecuencia de la lógica espiritual, pero no constituye un elemento mayor.

Quede claro: la lógica evangélica de la resurrección apuesta por la *historia*. La resurrección no es, de entrada, un dato de la antropología. Es un signo y un acto de Dios que ha tomado en Jesús forma de acontecimiento y que, al fin de los tiempos, tomará para la humanidad un valor de irrupción.

Esto supuesto, la lógica pasqual implica otras características. Ante todo es una lógica de la gratuidad. La resurrección es un don acompañado de un *perdón*. No depende de un principio de compensación como la reencarnación. A menos que esa idea de compensación no se introduzca subrepticamente a través de la doctrina del purgatorio.

Es cierto que la lógica evangélica pasa por un discernimiento de la vida humana. Pero este discernimiento es *obra de Dios* y no ley cósmica como quiere el *karma*. Esto se manifiesta tan claramente en el cristianismo que, para él, el futuro de la historia y de la humanidad está ya anticipado en el presente de la fe y de la historia creyente. La resurrección no es sólo un más allá de la muerte, sino un presente de la historia evangélica. Esta concepción resulta, a ojos vistas, muy diferente de la reencarnación.

El sujeto y su carácter único

Otras dos lógicas quedan implicadas en esa lógica evangélica: la *lógica del sujeto* y la *lógica de la comunicación entre sujetos*.

La fe en Jesús resucitado entraña una afirmación del *sujeto*. Éste no es una ilusión provisional, sino una realidad histórica que posee un valor irreductible y definitivo.

¿No caemos en un antropocentrismo ingenuo? La postura evangélica es aquí decidida. Se remite a la coherencia bíblica. Si Dios llama a cada uno por su nombre, se sigue que cada ser humano es único y encuentra en el amor creador y recreador que Dios le profesa la razón de una vida eterna que adopta la forma personal. Cada uno da testimonio misteriosamente de que Dios no se arrepiente de sus dones. Entra en acción la lógica del amor: para que exista amor se requiere el sujeto personal.

La idea que de Dios se forma el cristianismo se ajusta también a esa lógica del amor. De ahí que sea concebido como un ser personal, incluso tripersonal. Su manera de ser es postulada por su manera de amar y por la posibilidad de ser amado.

De golpe, la creencia en la reencarnación muestra claramente su propia lógica. Desde su óptica, el sujeto divino y el humano son considerados, ambos por igual, como *ilusorios*. El *karma* significa la coherencia del universo. Pero no implica ni la irreversibilidad de la existencia humana personal ni el compromiso libre de un principio

divino. La espiritualidad se sitúa más allá de esas figuras.

La diferencia respecto a la concepción del *cuerpo* humano también es clara. Según la lógica cristiana, el cuerpo representa una dimensión constitutiva de la existencia humana. Los muertos son, pues, llamados a una nueva forma de vida corporal. Hasta tal punto se concibe como deficiente una existencia humana sin cuerpo, para la fe cristiana. Para una concepción reencarnatoria, esto le resulta peregrino, pese a que, en cada vida sucesiva, al «yo» se le dota de un nuevo cuerpo. Porque, a fin de cuentas, todos esos cuerpos son secundarios y sin un significado último.

Es el momento de abordar una última forma de la lógica cristiana: la *lógica de la comunicación entre sujetos*. De la resurrección, de la que Jesús es portador y testigo, por su relación con él, otros también pueden participar. Desde ahora y hasta el fin de los tiempos, Cristo comunica su propio misterio, haciendo de su Pascua el trasunto de la vida histórica y asociando los difuntos a su cuerpo resucitado. Así, la resurrección pasa del Resucitado a los seres humanos que él ha creado y recreado.

Esta comunicación que va de uno a todos se opera de forma intersubjetiva en el Espíritu Santo. Esto no sería posible si Cristo no poseyese una identidad personal y corporal y si los seres humanos no dispusiesen —también ellos—, de una existencia de sujeto y de una relación fundamental al cuerpo. En una palabra: la lógica de la comunicación es una consecuencia de la lógica del sujeto.

Conclusión

Resurrección y reencarnación no son creencias del mismo orden. Pero una y otra tienen sus puntos de apoyo y sus lógicas reguladoras. En la medida en que uno intenta comprender los presupuestos de cada una, está en disposición de percibir las diferencias que hay entre ellas. En la coyuntura actual, en Occidente, tal reflexión es urgente. Más allá de las posiciones enconadas o de las fáciles amalgamas, hay espacio para un pensamiento que pretende comprender lo que el otro quiere decir y que, a la postre, revierte en conocimiento propio. Gracias al otro.

Tradujo y condensó: MARIUS SALA

Jamás me cansaré de repetirlo: lo que más necesitan nuestros pobres no es compasión sino amor.

Necesitan ver respetada su dignidad humana, que no es menor ni diferente de la dignidad de todo ser humano.

MADRE TERESA DE CALCUTA, *Orar. Su pensamiento espiritual*, 1997, p. 70.